
BIBLIOTECA DE «LA NACION»

LUDOVIC HALÉVY
EL ABATE CONSTANTIN



BUENOS AIRES
1909

- Capítulos: **I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII**

Ludovic Halévy, hijo de León Halévy—literato y autor dramático—sobrino del célebre compositor Fromental Halévy, ambos del Instituto de Francia. Nació en París; estudió en el liceo Luis el Grande; entró a la administración pública como redactor en la Secretaría del Ministerio de Estado (1852); fue nombrado jefe de sección del Ministerio de Argelia y de las Colonias (1858), puesto que desempeñó hasta 1861, pasando entonces a ocupar el de secretario redactor del Cuerpo Legislativo. En 1864 fue condecorado con la Legión de Honor. Y en 1868 se casó con la señorita Luisa Bréguet. Hacia esta época abandonó la administración para dedicarse por completo a la literatura dramática, en la que ya había obtenido buenos triunfos.

Halévy principió por escribir libretos de operetas; fue el libretista de Offenbach. Después de haber dado a los Bufos Parisienses, con el pseudónimo de Julio Servières, las operetas en un acto: *Adelante, señores y señoras*, prólogo de apertura, en colaboración con Méry; *Lleno de agua*; *Madama Papillón*; hizo representar otras obras con su nombre. Colaboró con León Battu, Héctor Cremieux y sobre todo con Enrique Meilhac.

«Dotado de un sentimiento exquisito de la calidad—dice Sarcey,—ha mantenido lo que hay de fanático y raro en el carácter de la imaginación de

Meilhac. El trabajo en común ha producido obras que no han sido suficientemente apreciadas.

»Se las ha tratado como a esas mujeres ligeras en cuya sociedad uno se divierte mucho, pero que no se les estima; se les ha visto cientos de veces y se habla de ellas con desdén. Tales son: *La bella Elena*, *Barba Azul*, *Los brigantes*, *La gran Duquesa*, *La vida parisiense*, *El castillo de Toto*. Hay en estas parodias entretenidísimas de la vida ordinaria, mucha imaginación, alegría y buen sentido. Son sátiras en acción que resaltan sobre las simples bufonerías que ha producido este género en los últimos tiempos.»

He aquí las obras que ha escrito para el teatro: *Bataclán* (1855), opereta; *El empresario* (1856), opereta; *Rosa y Rosita* (1858), comedia; *El marido sin saberlo* (1860), opereta en colaboración con supadre y cuya música es del Duque de Morny; *La canción de Fortunio*; *El puente de los suspiros*; *Orfeo en los infiernos* (1861), operetas dadas en los Bufos, siendo la última de éstas su primer gran triunfo; *Las ovejas de Panurgo* (1862), en la que colaboró Meilhac, con quien no dejó de trabajar desde entonces; *La llave de Metella* (1862); *Los molinos de viento* (1862); *El brasileño* (1863); *El tren de media noche* (1864); *Nemea*, baile con representación (1864); *La bella Helena* (1865), parodia en tres actos de la Grecia antigua, representada en el teatro Variedades con éxito enorme; *Barba Azul* (1866), tres actos; *La vida parisiense* (1866), cinco actos; *La gran Duquesa de Gerolstein* (1867), quizá es la pieza que haya alcanzado mayor fortuna; *Lapericholle* (1868), dos actos; *Fanny Lear* (1868), drama tremendamente desarrollado en una ligera comedia de cinco actos; *Frou-frou* (1869), elegía parisiense en cinco actos; *La diva* (1869), tres actos; *Los brigantes* (1869), tres actos; *Tricoche y Cacolet* (1871), comedia bufa en cinco actos; *La señora espera al señor* (1872); *Velada* (1872), comedia en tres actos; *Dos mujeres o el cuarto condenado* (1875), comedia en verso. Y en colaboración con V. Busnach: *Manzanita*, opereta de Offenbach.

Con Meilhac ha producido: *¡Todo para las damas!* (1868); *El hombre con llave*; *Las campanillas* (1872), piececita moderna que los grandes maestros antiguos no hubieran desdeñado firmar; *Toto en casa de tata* (1873); *El rey Candaule* (1873); *El verano de la San Martín* (1873); *La ingenua* (1874); *Media cuaresma* (1874), todas piezas muy graciosas en un acto; *La panadera a dos escudos* (1875), ópera bufa en tres actos, música de Offenbach; *La bola* (1875), comedia en cuatro actos; *Pasaje de Venus* (1875); *La viuda* (1875), tres actos; *Loulou* (1876); *El ramo* (1876); *El mono de Nicolás* (1876), piezas en un acto; *El príncipe* (1876), en cuatro actos; *La cigarra* (1877), en tres actos; *Fandango* (noviembre 26 de 1887), gran ópera, baile con representación; *El duquecito* (1878), ópera cómica en tres actos; *El marido de la debutante* (1879), en cuatro actos; *La casita* (1879), *Lolotte* (1879); *La pequeña señorita* (1879),

ópera cómica en tres actos; *La madrecita* (1880), tres actos; *Janot* (1881), ópera cómica en tres actos; *La Roussotte* (1881), comedia en tres actos.

Además de sus producciones para el teatro, Halévy ha publicado *Laseñora y el señor Cardinal* (1872); *La invasión, recuerdos ynarraciones*, colección de artículos sobre la invasión prusiana, que vieron la luz pública en «Le Temps»; *El sueño*; *El caballo del trompa*; *El último capítulo* (1873); *Notas y recuerdos* (1870-1872); *Marcelo* (1876); *Las pequeñas Cardinal* (1880); *Un matrimonio por amor* (1881); *El abate Constantín* (1882); *Criquette* (1883); *La familia Cardinal* (1883); *Princesa* (1886); *Tres centellas* (1886); *Karikari, Un vals, etc.* (1891), forman un volumen de preciosas narraciones.

Aunque no haya escrito para el teatro sino en colaboración, y su personalidad desaparezca en casi todas sus obras colectivas, Halévy ha sabido desprenderla en sus novelas, obras individuales, como lo dice Pailleron, concebidas en un sentimiento particular, expresadas en una forma completamente moderna, selladas de parisianismo; «en libros cortos para que los lea el parisiense; en su lengua de iniciados para que los comprenda, con espíritu despreocupado aparentemente, burlón, alegre, y con pretextos bastante hábiles para emocionar sin ser descubiertos.»

Ludovic Halévy fue elegido académico, y en la sesión pública del 4 de febrero de 1886, ocupó el sillón vacío por muerte del Conde D'Haussonville. Del discurso pronunciado por Pailleron, director de la Academia, sacamos el juicio sobre *El Abate Constantín*:

«...De este género fino hasta refinado, de esta literatura elegante y discreta, vuestro volumen *Dos matrimonios* es quizá el tipo más acabado, ejemplar más simpático, pero el tiempo me ha sido contado para que pueda detenerme. Prefiero ir directa, francamente, a aquellas obras que señalan las fechas de vuestros más grandes triunfos: *El Abate Constantín*, *La invasión*, y desde luego, y sobre todo... miro si la bóveda de esta cúpula austera va a desplomarse en mi cabeza... sobre todo *El señor y la señora Cardinal*.

.....

»Pero habéis hecho obra de varón, señor, en otro de vuestros libros; habéis rehabilitado la virtud. Habéis emprendido la tarea de hacerla amar por ella y para ella. Ahí hay audacia, algunos la llaman habilidad porque habéis triunfado; pero ¿quién hubiese sido bastante hábil para prever, en los tiempos que corren, el éxito de semejante tentativa? Nadie... ni aun vos mismo.

»Porque al fin, por triste que sea es necesario confesarlo, por poco académico que sea, es preciso decirlo: la virtud no figura ya en el movimiento moderno.

»¡Pobre virtud! los vulgares la ridiculizan, los fisiólogos la niegan, la gente alegre la encuentra fastidiosa, y las personas prácticas la consideran inútil. Nuestros autores dramáticos, que desde tiempo inmemorial la recompensaban en el último acto, decididamente le han suprimido las migajas del desenlace clásico y remunerador. Nuestros poetas lanzan contra ella imprecaciones que no tienen de original sino la grosería. En cuanto a nuestras novelas, sabéis hasta dónde brilla por su ausencia la virtud, cuando en ellas no es maltratada. Para verla respetada hay que abrir la *Biblioteca Rosa*; para verla respetada, es necesario venir a la Academia... ¡una vez por año! ¡Pobre virtud!

»¡Escuchad! ¿queréis saber dónde está literariamente? Algunas veces espigamos fuera de los jardines académicos, bien puedo contaros esta historia:

»Conozco a una señora joven que está al día, ya lo creo, muy al día, y que es muy golosa de las producciones intelectuales, por más que es mundana, y aunque virtuosa, adora la literatura que no lo es. Y no sólo la adora sino que la defiende, la propaga, la proclama eminentemente buena y útil, y esto con un entusiasmo, con una pasión, peor aún, con un gusto que ha concluido por inspirarme ciertos temores por ella y aun hasta dudas sobre ella... ¡si tengo razón, juzgado!

»Un día—el de su santo—voy a saludarla y la encuentro sola, leyendo. Apenas me ve, oculta el libro con presteza y emprende una conversación rápida, con la evidente intención de desviarme. Visiblemente emocionada y hasta confusa, la mirada baja, distraída, preocupada; acababa de ser sorprendida en una lectura que la turbaba notablemente; era claro. ¿Qué podía leer que la inmutara a tal extremo después de todo lo que habíaleído, y que no quería confesar después de todo lo que había confesado? Mis dudas se convirtieron en sospechas. En ese momento, el sirviente anunció la visita de una señora, y como nuestra amiga se levantara a recibirla, pude ver el libro sospechado; leí el título... ¡Ah! señor, ¿sabéis lo que leía esta honesta mujer, lo que leía así, a escondidas y con el rubor en la frente?... era *El Abate Constantín*.

»¡Ahí está la virtud! Porque en cuanto a virtuoso, lo es vuestro romance, lo es absolutamente, con cinismo. Es la única crítica que se le ha hecho. Allí, no podrían satirizar el encanto, el talento, el éxito. ¡Pero demasiadas ovejitas, no bastantes lobos! ¡demasiada honestidad! ¡demasiadas virtudes! ¡muchas flores, señor! Esa buena americana que tiene un buen marido y una buena hermana enamorada de un buen oficial, sobrino de un buen cura, toda esta buena novela que de buenas en buenas acciones, concluye por un buen matrimonio... ¡no está en la verdad ni en la naturaleza! He ahí lo que se le reprocha y es precisamente

lo que nos encanta, a mí y a vuestros millares de lectores; he ahí lo que nos acomoda, nos alivia, nos temple y, sobre todo, nos cambia. Cuando se vive en una atmósfera irrespirable y malsana y se nos alcanza un frasco de esencias, no nos quejamos si sentimos demasiado bien, se le respira y se renace. El público que se asfixiaba os debe esta fresca ráfaga de aire puro y vos veis cómo os lo ha agradecido.»

El Abate Constantín gozó desde su aparición de una boga inmensa, hoy va por la 174ª edición. En el mismo año que apareció, se publicó en la *Biblioteca Popular de Buenos Aires*, dirigida por el Dr. Miguel Navarro Viola, la traducción que ahora reproducimos.

En 1887 esta novela fue arreglada para el teatro por el mismo autor.

EL ABATE CONSTANTIN

I

Con paso firme y ligero aún, caminaba un anciano sacerdote por la vía cubierta de polvo, bajo los rayos del sol de mediodía. Más de treinta años habían transcurrido desde que el abate Constantín era cura de la pequeña aldea que dormía, allá en la llanura, a orillas de un débil curso de agua llamado el Lizotte.

Un cuarto de hora hacía que el abate costaba el muro del castillo de Longueval, cuando llegó a la puerta de entrada, que se apoyaba alta y maciza sobre dos enormes pilares de viejas piedras ennegrecidas y roídas por el tiempo. El cura se detuvo y miró con tristeza los grandes avisos azules pegados a los pilares.

Los avisos anunciaban que el miércoles 18 de mayo de 1881, a las 1 p. m. tendría lugar, en la sala de audiencia del Tribunal civil de Souvigny, la venta del dominio de Longueval, dividido en cuatro lotes:

1.º El castillo de Longueval y sus dependencias, lindos estanques, vastos canales, parque de ciento cincuenta hectáreas, todo cercado de pared y atravesado por el río Lizotte. Base para la venta: seiscientos mil francos.

2.º La granja de Blanche-Couronne, trescientas hectáreas. Base: quinientos mil francos.

3.º La granja de la Rozeraie, doscientas cincuenta hectáreas. Base: cuatrocientos mil francos.

4.º Los plantíos y los bosques de la Mionne, cuatrocientas cincuenta hectáreas. Base para la venta: quinientos cincuenta mil francos.

Y estas cuatro cifras adicionadas al pie del aviso, daban la respetable suma de dos millones cincuenta mil francos.

Así, pues, iba a dividirse la magnífica propiedad que desde dos siglos atrás siempre había escapado a la división, pasando intacta de padres ahijos, en la familia de Longueval. El aviso anunciaba también que después de la venta provisional de los cuatro lotes, habría derecho a reunirlos para rematar toda la propiedad entera; pero era demasiado grande, y según todas las apariencias, no se presentaría ningún comprador.

La Marquesa de Longueval había muerto seis meses antes. En 1873, perdió a su hijo único, Roberto de Longueval; los herederos eran los tres nietos de la Marquesa: Pedro, Elena y Camila. Tuvieron que sacar a remate la propiedad, porque Elena y Camila eran menores. Pedro, joven de veintitrés años de edad, había hecho mil locuras, estaba semiarruinado y no podía pensar en rescatar a Longueval.

Eran las doce del día. Dentro de una hora el castillo de Longueval tendría un nuevo dueño. Y ese dueño, ¿quién sería?

¿Qué mujer ocuparía, en el gran salón cubierto de tapices antiguos, junto a la chimenea, el lugar de la Marquesa, la vieja amiga del pobre cura de la aldea? Ella fue quien reconstruyó la iglesia, ella quien mantenía la botica del presbiterio a cargo de Paulina, la sirvienta del cura, ella quien, dos veces por semana venía en su gran landó, cubierto de vestiditos de niños y gruesas enaguas de lana, a buscar el abate Constantín para salir a caza de pobres, como ella decía.

El anciano sacerdote continuó su camino pensando en todo esto. Además, los más grandes santos tienen sus pequeñas debilidades, pensaba también en sus buenos hábitos de treinta años bruscamente interrumpidos. Todos los jueves y domingos comía en el castillo. Cómo lo mimaban, lo obsequiaban, lo traían en palmas... La pequeña Camila, tenía ocho años, venía a sentarse sobre sus rodillas y le decía:

—Mirad, señor cura, en vuestra iglesia es donde quiero casarme, y mimamá llenará toda, toda la iglesia de flores... más que para el mes de María. Será como un gran jardín, todo blanco, blanco, blanco.

¡El mes de María!... En ese momento era el mes de María. Antes el altar desaparecía bajo las flores traídas de los invernáculos del castillo, y este año sólo se veían algunos ramos de lirios y lilas blancas, en floreros de porcelana dorada. Antes, todos los domingos, en la misa mayor, y todas las tardes, durante el mes de María, la señorita Hebert, la lectora de madama de Longueval, tocaba el pequeño armonium regalado por la Marquesa. Hoy el pobre armonium no acompañaba ya la voz de los cantantes, ni los cánticos de los niños. La señorita Marbeau, la directora de correos, era algo música, y con mucho gusto habría ocupado el lugar de la señorita Hebert, pero no se atrevía, temía que la notaran como clerical y verse denunciada por el alcalde, que era libre pensador. Eso habría obstado quizá a su ascenso.

La pared del parque había terminado; de ese parque, cuyos rincones todos eran familiares al anciano cura. El camino seguía ahora las orillas del Lizotte, y del otro lado del pequeño río, se extendían las praderas de las dos granjas; después, más allá, elevábanse los altos bosques de la Mionne. ¡Dividida!... ¡la propiedad iba a ser dividida! Tal pensamiento desgarraba el corazón del pobre sacerdote. Para él, todo esto, hacía treinta años que era un conjunto, formaba un solo cuerpo. También era casi su propiedad, sus bienes aquellos dominios. Se sentía en su casa en las tierras de Longueval. Más de una vez le había sucedido detenerse con placer ante aquel inmenso trigal, arrancar una espiga, desgranarla, y decirse:

—¡Vamos! los granos son buenos, firmes y bien formados; este año tendremos una excelente cosecha.

Y alegremente continuaba su camino a través de sus campos, sus plantaciones y sus praderas. En una palabra, por todas las cosas de su vida, por todos sus hábitos y sus recuerdos, quería esa propiedad, cuya última hora había llegado.

El abate divisaba a lo lejos la granja de Blanche-Couronne; sus techos de teja francesa se destacaban sobre el verde del bosque. Allí también el cura se encontraba como en su casa. Bernardo, el quintero de la Marquesa, era su amigo, y cuando el anciano sacerdote se había demorado en sus visitas a los pobres y enfermos, cuando el sol tocaba a su ocaso y el abate sentíase fatigado y con apetito, deteníase, comía en casa de Bernardo un buen plato de tocino con papas, vaciaba su jarro de sidra, y luego, concluida la cena, Bernardo enganchara su viejo cabriolet para conducir al cura hasta Longueval. Durante todo el camino los dos charlaban y se contradecían. El cura reprochaba a Bernardo que no fuera a misa, y éste respondía:

—Mi mujer y mis hijas van por mí... Bien sabéis, señor cura, que así somos nosotros. Las mujeres tienen religión por los hombres. Ellas nos harán abrir la

puerta del Paraíso.—Y maliciosamente añadía, dando un suave latigazo a la vieja yegua:—¡Si lo hay!

—¡Cómo! ¿si lo hay? Pero ¡verdaderamente lo hay!

—Entonces vos entraréis allí, señor cura. Decís que esto no es seguro... y yo os digo que sí. ¡Vos estaréis allí! en la puerta espiando a vuestros parroquianos y seguiréis ocupándoos de nuestros asuntos. Y le diréis a San Pedro... ¿es San Pedro quien tiene las llaves del Paraíso, no es así?

—Sí, es San Pedro.

—Pues bien, le diréis a San Pedro, si quiere, si quiere cerrarme las puertas en las narices, so pretexto de que yo no iba a misa, le diréis:«¡Bah! no importa, dejadlo pasar... es Bernardo, uno de los arrendatarios de la señora Marquesa, muy buena persona. Pertenecía al concejo municipal, y votó por que conservaran a las hermanas que querían echar de la escuela.» Esto conmovió a San Pedro, que responderá:«Bueno, entonces, pasad, Bernardo, pero tened entendido que es por dar gusto al señor cura.» Porque allá arriba todavía seréis cura, y cura de Longueval. Sería demasiado triste el Paraíso para vos si no fuerais cura de Longueval.

Cura de Longueval, sí, toda su vida no había sido otra cosa, nunca había soñado ni querido más que eso. Tres o cuatro veces le propusieron grandes curatos de cantón, con buena renta y uno o dos tenientes. Siempre había rehusado. El adoraba su pequeña iglesia, su pequeña aldea, su microscópico presbiterio. Allí estaba solo, tranquilo, hacía todo él mismo; siempre por las calles y caminos, bajo el sol y la lluvia, el viento y la nieve. Su cuerpo se había endurecido al cansancio, pero su alma permanecía tierna y cariñosa.

Vivía en su presbiterio, una gran casa de campo, separada de la iglesia sólo por el cementerio. Cuando el cura subía la escalera para podar sus perales y sus parras, por encima de la pared divisaba las tumbas sobre las que había dicho las últimas oraciones y echado las primeras paladas de tierra.

Entonces, continuando su trabajo de jardinero, decía mentalmente una corta plegaria por la salvación de aquellos de sus muertos que más lo inquietaban, y que podían estar detenidos en el purgatorio. Poseía una fe cándida y tranquila.

Pero entre aquellas tumbas existía una que con más frecuencia que las otras recibía sus visitas y sus oraciones. Era la tumba de su viejo amigo, el doctor Reynaud, muerto en sus brazos en 1871, y ¡en qué circunstancias! El doctor era como Bernardo, nunca iba a misa, y jamás se confesaba; ¡pero era tan bueno, tan caritativo, tan compasivo con los que sufrían!...

Esta era la gran preocupación, la grande inquietud del cura. Su amigo Reynaud, ¿dónde estaría? Luego recordaba la noble vida del médico dealdea, toda de valor y abnegación; recordaba su muerte, sobre todo sumuerte, y se decía:

—¡En el Paraíso; no puede estar sino en el Paraíso! El buen Dios quizálo haya hecho pasar un momento por el purgatorio... por forma... pero hadebido sacarlo de allí al cabo de cinco minutos.

Todo esto pasaba por la imaginación del anciano sacerdote, mientrascontinuaba su camino hacia Souvigny. Se iba a la ciudad, a casa delabogado de la Marquesa, para conocer el resultado de la venta, parasaber quiénes eran los nuevos propietarios de Longueval; quedábaletodavía un kilómetro que correr antes de llegar a las primeras casas deSouvigny; pasaba por el parque de Lavardens, cuando oyó sobre su cabezavoces que lo llamaban.

—¡Señor cura, señor cura!

En este sitio la larga calle de tilos que costea el muro, formaba un terrado. Levantando la cabeza, el abate vio a la señora de Lavardens consu hijo Pablo.

—¿Dónde vais, señor cura?—preguntó la Condesa.

—A Souvigny, al Tribunal, para saber...

—Quedaos con nosotros. M. de Larnac vendrá después de la venta a darnos cuenta del resultado.

El abate Constantín subió al terrado.

Gertrudis de Lannilis, condesa de Lavardens, había sido una mujer muydesgraciada. A los dieciocho años hizo una locura, la única de su vida,pero irreparable: casose, por amor, en un arranque de entusiasmo yexaltación, con M. de Lavardens, uno de los hombres más seductores yespirituales de aquel tiempo. El no la amaba y se casaba sólo pornecesidad: había devorado hasta el último céntimo de su patrimonio, y hacía dos o tres años que se sostenía en el mundo a fuerza de intrigas,acribillado de deudas. Gertrudis Lannilis sabía todo esto y no se hacíaal respecto ninguna ilusión; pero pensaba: «Lo amaré tanto, queconcluirá por amarme.»

De ahí nacieron todas sus desdichas. Su existencia habría sidotolerable, si no hubiera amado tanto a su marido; pero lo amademasiado, y sólo consiguió fatigarlo con sus halagos y cariños. Elcontinuó su vida antigua, que por cierto era bastante desordenada. Asípasaron quince años de eterno martirio, soportado por madama deLavardens con toda la apariencia de una apacible

resignación; resignación que no existía en su corazón. Nada pudo distraerla, nicurarla de este amor que la consumía.

El señor de Lavardens murió en 1869, dejando un hijo de catorce años, en el cual despuntaban ya todos los defectos y calidades de su padre. Sin estar seriamente comprometida, la fortuna de madama de Lavardens había disminuido considerablemente. Con tal motivo, la Condesa vendió su casa de París, y se retiró al campo, donde vivió con mucho orden y economía, consagrándose por completo a la educación de su hijo.

Aquí también le esperaban nuevas penas y tristezas. Pablo de Lavardens era inteligente, amable y bueno, pero absolutamente rebelde a toda obligación y a todo trabajo. Desesperó en poco tiempo a los tres o cuatro profesores que en vano se esforzaron por hacerle entrar algo serio en la cabeza; presentóse en Saint-Cyr, donde no fue admitido, y comenzó por malgastar en París, lo más rápida y locamente del mundo, doso trescientos mil francos.

Hecho esto, enrolóse en el primer regimiento de cazadores de Africa; tuvo la suerte desde el principio de formar parte de una pequeña columna expedicionaria en el desierto de Sahara, condujose valerosamente, obtuvo con mucha rapidez algunos grados, y al cabo de tres años iba a ser nombrado subteniente, cuando se enamoró de una joven que representaba *La fille de madame Angot*, en el teatro de Argel.

Pablo, que había concluido su compromiso en el regimiento, dejó el servicio y volvió a París con su joven cantora de opereta... luego fue una bailarina... después una cómica... más tarde una amazona del circo. Ensayaba todos los tipos. Así vivía con la brillante y miserable vida de los desocupados. Pero sólo permanecía en París tres o cuatro meses del año, pues su madre le pasaba una pensión de treinta mil francos, y le había asegurado que nunca, mientras ella viviera, obtendría un real más antes de su casamiento.

La conocía y sabía que debía tomar sus palabras a lo serio.

De manera que, como quería hacer buena figura, y llevar vida alegre en París, gastaba sus treinta mil francos entre los meses de marzo a mayo, y luego volvía dócilmente a someterse a la vida tranquila de Lavardens: cazaba, pescaba y montaba a caballo con los oficiales del regimiento de artillería que estaba de guarnición en Souvigny. Las modistas y las grisetas de provincia reemplazaban, sin hacérselas olvidar, a las cantoras y cómicas de París. Buscando un poco se encuentran aún grisetas en las provincias, y Pablo buscaba mucho.

Apenas estuvo el cura en presencia de la señora de Lavardens, díjole ésta:

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

